



Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

RICARDO BECERRO DE BENGOA



Va de la prensa al Congreso,
de la cátedra á la prensa,
y va adquiriendo con eso
popularidad inmensa.

SUMARIO

DE TODO EN POCO, por Luis Taboada.—Pájaras que emigran, por Edoardo Basullo.—De Vigo á Mondariz, por José Estremera.—Pícaro vanidad, por Francisco Flores García.—La huida, por Juan Pérez Zúñiga.—Sistema de hacer comedias, por Sincero Delgado.—Los presuntuosos, por Alberto Santas y G. de Figueroa.—El mejor amigo, por Antonio Montañana.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.—Citas: Ricardo Berro de Bengoa.—Al empujar.—Anuncios, por Cilia.



Figueira.

Cuando estas líneas lleguen á España, ya habré dejado de existir.

Sé de buena tinta que se me aborrece porque he dado cuenta de mis impresiones acerca de Portugal, y por lo tanto, antes del viernes próximo estaré de cuerpo presente, encima de la mesa del comedor, que es el único sitio espacioso de la casa donde puedo colocarme mi familia, en clase de víctima propiciatoria.

Este año he caído mal aquí, y todo cuanto llevo escrito ha resultado pecaminoso en concepto de algunos portugueses susceptibles.

Hay hombre de éstos que me ve en el casino tomando cerveza y quiere estrangularme; pero se contiene por de pronto, no sin decir mentalmente:

—Mañana, lo más tarde, pienso pulverizar á ese español. No lo hago ahora porque llevo prisa, pero morirá.

Tengo por cosa segura que á mi me entierran en Portugal, y todo viene de que yo tomo acta de las escenas cómicas que aquí se desenvuelven y se las cuento al público á mi manera. Algunos hijos del país se incomodan conmigo por mi franqueza, y el día menos pensado saben ustedes que he sido víctima de un atropello, ó que me han puesto á la puerta de la casa una caja de cerillas sin humo, para hacerme saltar.

Después de todo, yo no soy enemigo de este país encantador, donde llaman al jamón «presunto» y á las niñas «meninas»; antes, por el contrario, creo que debe veranear aquí todo el mundo y conocer de cerca los encantos que atesora esta nación: he hecho elogios de Portugal en estas columnas y en otras no menos importantes, y sin embargo, ya he recibido seis ó siete anónimos diciéndome en sustancia:

«Vocé está condenado á muerte pelo tribunal da justiça figueirense. Si vocé persevera na sua conducta, morrirá víctima d'un veneno horribel.»

Hoy vivo en constante agitación y no me llevo nada á la boca sin olerlo previamente. Ayer compré un lenguado y no me atreví á comérmelo porque se me figuró que olía á fósforos. El día menos pensado iré á mondar un melocotón y resultará relleno de metralla.

No todos los portugueses son mis enemigos. Aquí hay también personas apreciables que me tratan con amabilidad y se rien de las exageraciones de sus paisanos. Entre ellos figura Fernando Costa, un portugués *barbián* que me ha llevado á visitar el almacén de vinos del Sr. Simoes, el primero quizá de la nación portuguesa, donde obsequian á los forasteros con riquísimo Oporto.

—¿Ve usted?—decía yo á un amigo.—¿Ve usted cómo hago justicia á Portugal?—Y me bebía la copa de un solo trago.

La verdad es que no comprendo la ingenua de algunos portugueses hacia mi persona. Soy el primero en reconocer que aquí existe una paz envidiable, que esta playa reúne condiciones exce-

lentes y que la vida resulta cómoda y barata. He dicho también que los caseros son muy buenas personas: yo, por ejemplo, me pasa el día sentado á la puerta de mis habitaciones por si se nos ofrece algo, y ayer estuvo limpiándome una merluza con el mismo alfiler que puede tener un padre por un hijo.

—No se vana usted, señor Cardoso,—le decía yo, y él contestaba cariñosamente:

—No me canso, al revés: tengo muchísimo gusto en servir a ustedes. Yo me sacrifico por mis inquilinos.

Este casero me comprende y sabe que soy incapaz de ofender á un país culto donde vivo perfectamente y adonde pienso volver el año próximo, si ponen baratos los billetes del ferrocarril.

Por lo demás, no puedo menos de sorprenderme cuando oigo que á la «solitaria» le llaman aquí la *serpiente do ventre*, y á las «pantorrillas» las *harrigas das pernas*, y á las «pulgas» las *feras da alcaha*.

Pero me guardo muy bien de ridiculizar á los portugueses por estas exageraciones, puesto que en España llamamos «ilustre orador» á D. Venancio y «estadista» al duque de Tetuán y «certifico inolvidable» á Cañete.

Como yo, en medio de todo, pienso seguir expresando mis opiniones acerca de Portugal, claro que dejaré aquí la piel, dada la irascibilidad de algunos portugueses que me amenazan todos los días por distintos conductos; de manera, señor director, que si no recibe usted artículo mío el viernes próximo, puede decir sin temor de equivocarse cuando le pregunten por mí:

—¿Quién? ¿Taboada? Pues ya no volverá por aquí.

—¿Ha cambiado de residencia?—le replicará alguno.

—No señor: le han matado en Figueira da Foz la semana pasada; pero aquí tenemos pelo suyo, que nos ha remitido su familia para que lo repartamos entre los suscritores.

El caso es que desde Espinho escribí el año anterior cuanto quise y á nadie le supo mal; este año procuro no enemistarme con persona alguna y, sin embargo, se muestran ofendidos una porción de sujetos y entre ellos un redactor de *O Dia*, periódico de Lisboa, que me supone animado de malísimos sentimientos hacia Portugal y llega á suponer que estoy dolorido por el descalabro de que han sido víctima en Aljubarrota nuestros ilustres predecesores.

Bien sabe Dios que siento lo del descalabro, pero si he de decir verdad, sentiría doblemente que el gobierno portugués, excitado por el articulista de *O Dia*, me arrojara del territorio, condenándome á suspender los baños y á perder las ocho libras esterlinas que me cuesta el alquiler de la casa por los meses de Julio y Agosto.

**

Ustedes dirán que ésta no es una crónica porque yo, olvidándome de ustedes y de mi obligación, he dejado correr la pluma para hablar de mi humilde persona. No les falta á ustedes razón para quejarse, pero alguna vez han de permitir que me lamente de esta triste suerte mía.

Si voy á Vigo, me saltan un ojo; si vengo á Portugal, quieren estrangularme...

¿Adónde iré yo si salgo de ésta?

LUIS TABOADA

PÁJARAS QUE EMIGRAN

(Volerán las oscuras golondrinas.)

También volarán esas alegres pejaritas que dejan en verano sus nidos de la Villa y, echando nueva pluma, ligera, suave y fina, tienden el rando vuelo del mar hacia la orilla.

Allá se fueron todos los que se envanecían dorándoles las alas á cambio de caricias; los ricos sacerdotes de Venus, la gentílica, que son siempre *paganos* del dulce amor *con prima*.

Acostumbradas ellas del culto á las delicias, se van donde hay *acólitos*, siguiéndoles la pista.

Hicieron ya sus mundos Matilde y Margarita, metiendo allí sus gasas, *fulares* y *batistas*, y trajes vaporosos de *ayades* y *ondinas*, pero olvidando, al irse, pagar á la modista.

Tomaron reservado vagón de *señoritas*; que así el pudor se puede salvar si *desvarria*.

Y en la ciudad del Norte, de Francia ya vecinas, barato y bien lo pasan mis dos pájaras pintas.

Las pagan en la fonda, las llevan á las *giras*, y lucen en la playa y cobran en la *noche*.

Adoptan en paseos
posturas llamativas,
y de inocente honrada
pudieran ser envidias;
que, del boato y leño
de las preciosas niñas,
ven muchas lo que cuesta
sin ver lo que se estima.

También van á Biérritz
Matilde y Margarita
y alegran las colonias
internacionalistas.

Y allí ven cómo el oro
en negro y rojo brilla,
y tiran á los tuisc
sus golpes de sablazo;

y algún hombre casado
tal vez, escandaliza
honrando á las dos pájaras
mejor que á su costilla.

Y así, con bajo vuelo,
á impulso de la brisa
que viene de las olas
salada, suave y tibia,
las horas van pasando
las tiernas avecillas
que en la ruidosa corte
en el invierno anidan,
y, en pos de alegres pájaros,
en el verano emigran,
pero volviendo siempre,
como las golondrinas.

EDUARDO BUSTILLO.

DE VIGO Á MONDARIZ

(Á FERNANDO MANZANO)

Con un pie en el estribo ya estaba, cuando
á mi poder tu grata misiva vino;
pues no puedo pararme, mi buen Fernando,
te diré lo que vea por el camino.

Sentado en los cojines de un coche abierto
que ligeras arrastran cuatro mulillas,
voy alegre, arrullado por el concierto
que forman cascabeles y campanillas.

A cuyos continuados y alegres sonos
huyen los jilgueros y los pardales
y en macizas bandadas van los gorriones
á buscar un refugio por los maizales.

En el alambre eléctrico muy quietecita
la golondrina hallando seguro asilo,
se pasa por debajo de la petita
los secretos de Estado que lleva el hilo;

y al cabo de él se arroja, tal vez cansada,
casi con la pchuga roza en el suelo,
pero por las alturas luego orientada
remonta su ondulante rápido vuelo.

Un burro que va andando junto á la orilla
del camino, y el paso muerde el folleje,
creyendo lastimada su negra honrilla
arranca el trote largo junto al carruaje.

El cerdo, á quien la vida no es nunca grata
porque por todo gruñe, busca despojos
amarrado á una piedra por una pata,
con las orejas gachas sobre los ojos.

Y al escuchar el ruido con que me acerco
quiere huir espantado, pero no puede,
que el ramal le sujeta; pero es tan terco
que antes suelta la pata que retrocede.

Una mujer al ruido sale buscando
asustada á su chico, que no se inquieta
por el temor materno y está jugando
con todo de una charca de la cuneta.

Dejando sus facnas el caminero
al pasar por su lado suelta la azada,
lleva la mano al ala de su sombrero
y sigue al carricoche con la mirada.

La carreta de huesos de rojo pelo
que una chica descalza cantando guía,
los clavos de las llantas clava en el suelo
reclinando con agria monotonía.

Una meza muy sucia, mal perfumada,
que un poeta diría que es flor campestre,
en la cabeza lleva suelta la herrada
como un equilibrista del circo equestre.

Surgen, no sé de dónde, varios chiclelos
que descalzos y rotos viven felices,
sin saber que en las tiendas venden pañuelos
que las gentes se aplican á las narices.

Cerca de los estribos corren veloces
y de correr no cesan aunque les ríen,
y siguen jadeantes diciendo á voces:
«¡Déjeme una perrilla, meñe señorito!»

Con muchísimo gusto te contaría
las mil cosas que he visto por monte y pradol,
pero es fuerza dejarlo para otro día,
porque dice el cochero:—Ya hemos llegado.

JOSÉ ESTRAMERA.

Mondariz.—Agos.

¡PÍCARA VANIDAD!

—No hay remedio, antes la muerte que quedarse en Madrid á
pasar el verano.

Esto dicen andarrones y las de Lopez, las de Ruiz, las de

González y todas las cursis de la heroica villa en cuanto apunta
el calor.

Lo cual que este año apunta (y dispara) cada insolación y cada
tabardillo que enciende el pelo, como dijo el otro.

En otros tiempos únicamente salían á veranear las personas
acomodadas. Hoy sale todo bicho viviente, cueste lo que cueste,
y aun á trueque de empeñarse hasta los ojos.

Pero las gentes de poco pelo que salen á veranear haciendo un
verdadero sacrificio, en el pecado llevan la penitencia.

Empeñando la ropa de invierno, los colchones y á veces hasta
la paga del jefe de la familia, oficial de la clase de terceros en al-
gún centro burocrático, apenas si reúnen á duras penas para pa-
sar un mes ó mes y medio en Pozuelo, Villalba, Torreloaños, El
Escorial ó cualquier otro pueblecito cercano á Madrid.

Y ahí, en esas residencias veraniegas, es donde pagan el pató.

Comprendo que vaya á veranear á cualquiera de esos pueblos
el feliz mortal que tiene casa propia, con su jardín correspondiente
y algunas relativas comodidades, inferiores siempre á las como-
didades de Madrid.

Lo que no se comprende en modo alguno, más que por el influjo
de la necia vanidad, es que haya quien se meta en uno de esos
pueblos y se acomode á vivir en las estrecheces de una fonda ó de
una casa de huéspedes.

Las fondas y las casas de huéspedes baratas de esos pueblos
son pequeñas, bajas de techo, incómodas hasta la exageración y
muchísimo más calurosas que las casas de Madrid.

El polvo se enseorea como dueño absoluto de esos lugares, y
no es posible dar un paso sin mascar el mencionado polvo y sin
pasar á la categoría de salmónete enharinado y próximo á ser
frito.

¡Próximo he dicho! Pues he dicho mal. Los veraneantes á que
me refiero están fritos materialmente desde que salen de Madrid
hasta que vuelven...

Hay en Madrid no pocos ilusos que han oído hablar de las cer-
canías de París, de aquellos pueblecitos pintorescos y encantado-
res donde los obreros de levita, y aun los de blusa, van los do-
mingos á pasar un día de campo, y en honor á la verdad, lo pasan
deliciosamente, regresando por la noche á París con alegría para
toda la semana.

Esos ilusos de que hablo han creído que estos pueblecitos son
como aquellos, y al llegar el domingo se levantan temprano, ba-
jan á la estación, toman un billete de ida y vuelta y se largan, no
con viento fresco, sino con calor insoportable, á cualquier pueblo
de los que se mencionan más arriba.

En el tren van como sardinas en banasta, sudando la gota gor-
da, oyendo inconveniencias y groserías—si van en cierta clase,—
y, por último, al llegar al término de su viaje, todavía les queda
en alguno de esos pueblos una larguísima y empujada cuneta que
han de salvar envueltos en densa nube de polvo y sufriendo las
más tiernas caricias de un sol abrasador...

Porque el ómnibus está abierto por todas partes y el sol pene-
tra en él (en el ómnibus) como Pedro por su casa.

Algunos de esos domingueros vuelven diciendo que se han di-
vertido mucho.

Y hacen bien en decirlo, si de ese modo quieren probar que no
han hecho una plancha—aunque se acrediten de ser personas de
malísimo gusto.

Entre los domingueros y la colonia madrileña que fija su resi-
dencia en esos puntos durante el verano suelen ocurrir escenas
graciosísimas.

Por ejemplo, la joven Agapita Ruiz se ha despedido de sus co-
nocimientos diciendo que iba á pasar el verano, con mamá, en San
Sebastián, en Spa ó en los Lagos de Suiza.

De pronto, uno de sus conocimientos se topa con Agapita oren-
do misa en el Monasterio del Escorial (no porque ella esté muy
católica, sino por ser ese el único sitio fresco de dicho pueblo), y
enseguida surge la escena cómica, pero del cómic más subido
que puede imaginarse.

El conocimiento la espera á la salida y la aborda resueltamente:
—¡Agapita! ¡Qué sorpresa! ¡Usted por aquí!

Agapita (aparte).—(¡Abrete, tierra!)

La mamá (aparte también).—(Nos reventó la charada.)

(Pausa conveniente. Las señoras, encendidas como amapolas,
no salen en qué decir.)

Agapita (procurando reponerse, cosa difícil dada su enclenque
constitución):

—Sí, sí... efectivamente, amigo tuyo... aquí nos tiene usted...

Aún hace frío en los Lagos de Suiza y, para hacer tiempo, hemos
tomado en este pueblo por unos días, al objeto de...

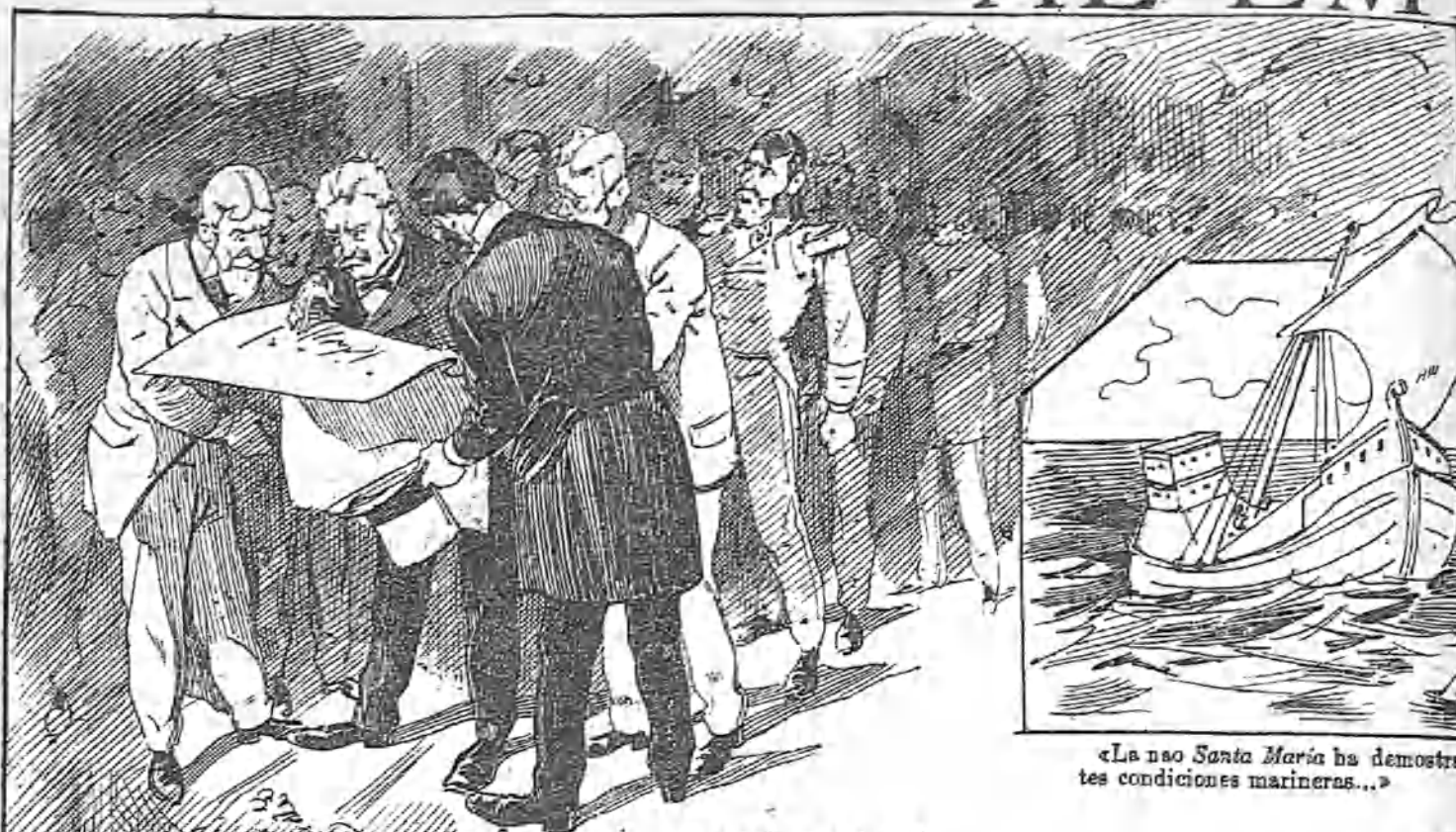
La mamá (cortando la conversación).—Caballero, á las pies de
usted... digo... hezo á usted la mano... y hasta otra.

Y ambas se marchan de allí,
corridas y avergonzadas.

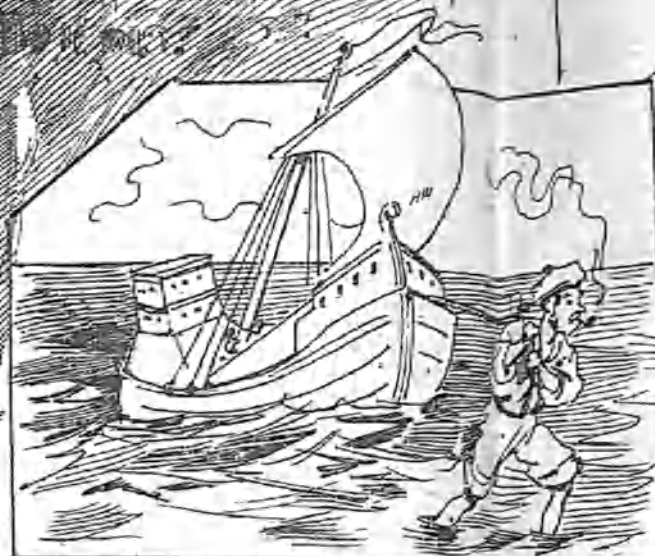
Escenas como ésta ocurren todos los domingos (y hasta pueden
ocurrir en días laborables) en Pozuelo, Las Rozas, Torreloa-
ños (Torre-Ladrones, que decía un director general), Villalba, El
Escorial y demás chicharreros cercanos á Madrid.

Pero la gente cursi ni se entienda ni se arrepienta.

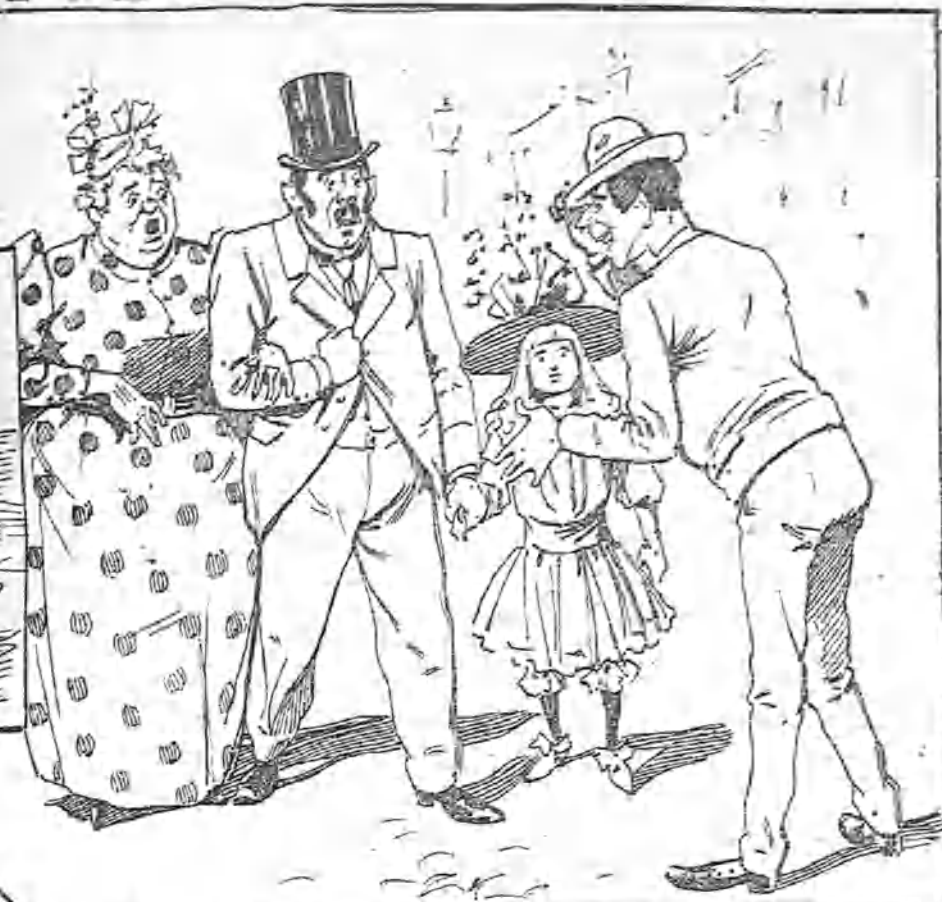
AL EMPEZAR



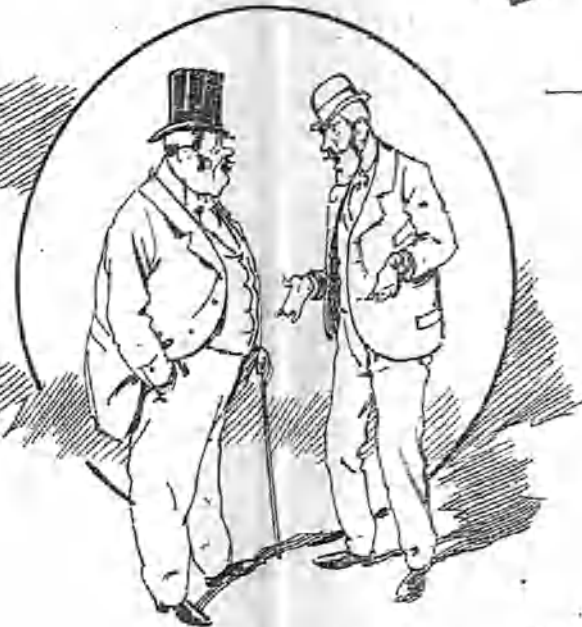
Romprobanzas.—¿Dónde está el cura?



«La nao Santa María ha demostrado sus excelentes condiciones maríneas...»



—Caballero, ¿es usted Cristóbal Colón por casualidad?
—¡Insolente!
—Dispense usted; ¡pero como va usted con la Pinta y la Niña!



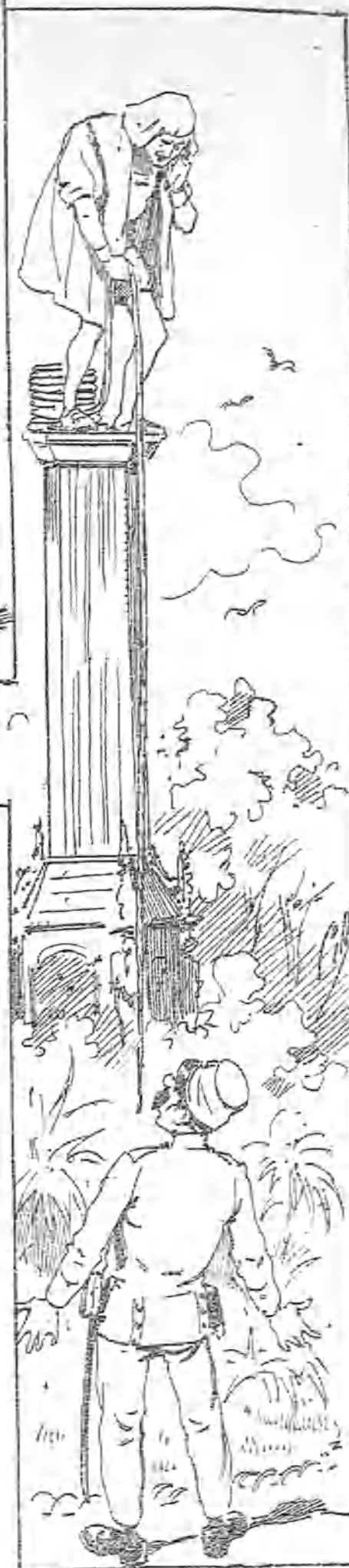
—Supongo yo que me nombrarán de la comisión para recibir a los periodistas extranjeros.
—Y ¿con qué los vais a obsequiar?
—¡Toma! Con un poquito de carne, para que luego nos saquen el pellejo a tiras...



Los que piensan que resulten ser hermanos Pinzones.



«Día 2, banquetes; día 3, banquetes; día 4, banquetes...» ¡Virgen santísima! ¡Cómo se van a atracar el ganos!



—¡Eh, guardia! Haga usted el favor de estar allí un programa, que yo soy el único que no se ha cotizado todavía.



—¡No le busquen ustedes, que está en Güera y pué que no güera!



—¿Te han hablao a ti pa el Centenario?
—Sí; me han dicho que voy a hacer de Isabel la Católica.
—Isabel pué ser, ¡pero miá tú que la católica!

Hay familia *dilatada* que pasa el verano en una habitación estrechísima que más parece horno que habitación, sin poder salir á la calle durante el día, sudando á mareas día y noche, gastando lo que no tiene y que, no obstante tan penosos recuerdos, al apuntar el verano próximo sólo piensan en sufrir los martirios que sufrió el verano anterior.

Y no trate usted de convencer á esa gente, porque perderá el tiempo.

La vanidad no razona.

El caso es salir de Madrid.

Y volver á Madrid dándose tono.

Conozco unas señoras que son la flor y nata de la gente cursi, que, á su regreso en el otoño, siempre vienen diciendo que han tomado baños de ola.

Cuando en lugar de decirlo lo escriben, dicen de ¡hola!

Peró á mí me consta que en el miserable lugarejo donde pasan el purgatorio durante los meses de calor apenas si hay agua para beber.

Por eso, sin duda, le ponen, inconscientemente, una h á la ola.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

LA HUÍDA

(PARODIA DE LA TRADUCCIÓN DE UNA POESÍA DE YEÓFILO GAUTIER) :

La señora Kanija. Las chinches nos comen, la noche está oscura,
seguir en la corte sería locura.
¡Huyamos! Los bosques manchegos me encantan,
la luna nos guía, los grillos nos cantan.

¡Huyamos, huyamos!

Manuel. Si huimos, la inculta patrona Vicenta,
querrá de seguro cobrarnos la cuenta,
pues ya la dejamos en paños menores.
¡Se pierde vergüenza con estos calores!

Kanija. Si *asperjes* nos vemos, si en cueros estamos,
ni á incultas patronas ni á ingleses temamos,
ni nos intimiden los retortijones.
¡Vengan desventuras! ¡Vengan chaparrones!

¡Huyamos! ¡Huyamos!

Manuel. ¡Me siento en el suelo! Tal vez nos encuentre
mi sastré y la cuenta nos muestre en el acto.
¡Ya tiemblo, Kanija! ¡Ya creo en el vientre
sentir de sus botas el brusco contacto!

Kanija. Sobrina de un rayo mi barra ligera
(quegasta una albarda que viene á cualquiera,
si tú la preguntas, dirá dónde vamos).

¡No llores, Manolo! La burra ya espera...

¡Huyamos! ¡Huyamos!

Manuel. ¡Ir por esa Mancha, sin llevar siquiera
ni un saco de noche, ni una sombrerera!
¡Sin un taparrabos que del sol nos guarde!...

¡No cruza la Mancha! ¡Voto á Calomarde!

Kanija. Serán mis narices tu sombra de día,
y por si la calva se te queda fría,
luego por la noche, para que durmamos
calientes, ofrezco taparte el cogote
y echarte un capote...

¡Huyamos! ¡Huyamos!

Manuel. Podrían acaso quitarme el destino,
y ante eso el amante me importa un comino.
Sin pan y sin casa, Kanija, ¿qué haremos?

Kanija. Eres más panoli que Tarquino Priscó,
Cuando en plena Mancha de pan carezcamos
donde se me antoje te daré un mordisco...

¡Conque... arrea, huyamos!

¡Buena, pues huyamos.

Manuel. ¡Huyamos! ¡Huyamos!

Kanija. ¡Huyamos! ¡Huyamos!

Yo (amenazado por el lector). ¡Huyamos! ¡Huyamos!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

SISTEMA DE HACER COMEDIAS

Yo, el menor autor de todos
que persiguen... la gloria
estrenando pitecetas
en los teatros por horas,
que es perseguir á una fiebre
sobre una tortuga coja
ó escalar el alto Olimpo
con entrambas piernas rotas;
yo, que en achaques de escena
valgo tan poquita cosa
que dundo siempre palmeadas
silbas y silbas brotan,

juizo asunto interesante
y de importancia notoria
que aquí cada autor explique
su manera de hacer obras,
cómo surgen las ideas,
cómo los planes se forman,
en qué, todos los detalles
y las circunstancias todas.
Que habrá variedad, es claro,
abundante y deliciosa,
porque cada *genio* tiene
su modo de hacer cosas

y al público distinguido
que con su atención nos honra
las cuestiones literarias,
aun las ínfimas, le importan.
Vendrán, pues, á estas columnas
las confidencias graciosas
de cuantos en nuestra escena
con su ingenio colaboran,
ya haciendo dramas tremendos
que los nervios alborotan,
ó ya sainetes castizos
de pura raza española.
Y por si hace falta ejemplo
(aunque indigno de tal honra),
ahí va también mi sistema,
que no recomiendo á posta
porque da mal resultado,
según en los autos consta.

Yo voy de prisa y corriendo,
sin plan, ni apuntes, ni notas,
á lo que salga. ¡Es achaque
de mi idiosincrasia propia!
Veo un tipo que me gusta,
le dibujo... de memoria,
le doy familia, y empieza
la exposición laboriosa.

Mientras se reduce todo
á ir presentando personas
y hacerlas medianamente
hablar, en verso ó en prosa,
no es la tarea difícil;
pero llega, el fin, la hora
de empezar el juego escénico
y las situaciones cómicas,
y todo el asunto en agua
de cerrajas se me torna;
se me aburre el auditorio
y... allí se acabó la historia.
En vano algunos amigos
me aconsejan que no corra,
aconsejan que no tenga
mucha calma en estas cosas.
Yo no puedo, escribo á escape,
y ensayo como en un pájaro,
y lo que salió en dos días
de calentura y zozobra
viene el público, y en treinta
minutos me lo destroza.
¡Verdad es que se desprende
de la lista de mis obras
que las que escribí despacho
fueron las más gordas!

SINESIO DELGADO.

LOS PRESUNTUOSOS

Que la sociedad está poblada de ellos, es innegable, y ésta es la consecuencia lógica de haber *postergado* cómo nos rodea.

La iguorancia en el hombre está en razón directa con la *presunción*, y el que posee esta cualidad se estima la lumbrera mayor del mundo, teniendo su opinión por la más autorizada, por escabroso que sea el asunto que se discuta, y sus razones irrefutables y contundentes, deduciéndose de aquí que la presunción puede definirse diciendo que «es la ignorancia en todo su apogeo.»

Confirmarlo anteriormente expuesto algunos tipos característicos que sobresalen en las diversas profesiones.

El médico (y aludo al presuntuoso) jamás se equivoca en el ejercicio de su profesión, mereciendo para él sus compañeros el calificativo de ignorantes y sujetos á errores sin cuento.

El abogado, aunque lleve al palo muchos de sus defendidos y pierda todos los pleitos que se le encomienden por sus errores y torpezas, tampoco hay para él ninguno que le aventaje, y sus colegas habrán obtenido el título por el favoritismo ó el dinero.

Llega el turno al periodista (entiéndase que me refiero á los que se hacen llamar así sin serlo), á esa clase de la sociedad que está tan calumniada y castigada por sus hermanos de profesión, y en cada uno de ellos se vislumbra un pozo de ciencia y una inteligencia privilegiada, puesto que lo mismo describen en las columnas del periódico la máquina del mecanismo más complicado, que comentan un trabajo jurídico ó dan cuentas de una *soirée* apuntando en todos sus detalles la *toilette* que ostentan las señoras.

En otro orden de *casos* de la vida real.

Acudid al Congreso, lectores amables, y veréis cuántas lumbreras pululan por aquellos salones, lumbreras que aunque nunca hicieron gala de su locuacidad, sin embargo, su nutísimo elocuencia les eleva á las altas esferas que frecuentan los hombres de verdadera ilustración y saber, aunque tengan que dar á Dios cuenta de no haber utilizado para nada sus sentidos, el día que comparezcan ante el tribunal que á todos nos ha de juzgar.

Muchos de los jóvenes de nuestros días que pudieran muy bien hacer la felicidad de ese sinnúmero de mujeres *casaderas* que habitan este mundo sublunar, con el mayor desprecio, y si alguna de ellas ha tenido la debilidad de corresponder á sus pretensiones, tenga por seguro que en todas las ocasiones entonará el conquejo cantar:

«Fulana fué mi novia,
yo no la quise.»

Acontece con los comerciantes que el que se utiliza es el que vende lo más barato, lo más bueno y lo más bonito, las tres B B que solicita con anhelo el parroquiano, y esto lo oye cuenta veces al día, si es éste el número de los establecimientos que visita.

De todo se deduce que vivimos en el país de los sabios y de los inteligentes: que en cada casa los encuentran ustedes por medias docenas, y á esto se debe que nuestra situación sea tan próspera, que estemos tan gozosos, que la alimentación, tan necesaria, sea barata y de inmejorables condiciones... y sobre todo, que se muera de hambre tanto maestro de escuela, cuando tanto *sapto* sucumba de indigestión.

ALBERTO SANTIAGO G. DE FIGUEROA.

EL MEJOR AMIGO

(HISTÓRICO)

Andrés, pecador de oficio tenía un hermoso perro, valiente como ninguno, como el que más noble y bueno.

Y Andrés y el perro vivían en una choza del puerto, sin disgustos, los dos solos, señores umbos y dueños.

En épocas bonancibles, como amigos verdaderos, cada cual á su manera demostraba su contento;

y si el pescado era mucho y á más de mucho era bajo, cantaba Andrés y movía la hermosa cola su perro.

O por el contrario: en épocas de tempestades y vientos, cuando el fiero mar sacude sus alborotados nervios

y priva á los pescadores del cotidiano sustento, callaba el can y gruñía desesperado su dueño...

En la misma mesa entrambos consumían el pan negro, y el mismo jergón de paja servía á los dos de lecho.

.....
Ocurrió, como es tan breve la existencia de los perros, que era ya á los doce años el del pescador un viejo.

Va no podía en las bregas acompañar á su dueño; ya se quedaba en el fondo de la barraca gruñendo.

Los dientes se le caían, mascaba con gran esfuerzo... ¡Y en aquella humilde choza era may raro el pan tierno!

Un día, Andrés, cabizbajo, pensativo, torvo el ceño, mirando que poco á poco se le moría su perro

y atendiendo que no admite la vejez drogas ni agüentos, de madrugada, á sus hombros cargó con el pobre viejo.

Va se teñía el Oriente con encarnadas reflejos cuando Andrés soltó la amarra de su pobre barquichuelo.

Y remaba Andrés con furia, con ímpetu, mar adentro, como el que quiere alejarse de una sombra, de un objeto...

Y el pobre can le observaba con ojos tristes, abiertos, igual que si le avisara el instinto algo siniestro...

Paróse el barco. De pronto el pescador cogió al perro, le alzó en alto y arrojóle en el mar, entonces quieto...

Y turbaron de la aurora el misterioso silencio una exclamación de pena y un aullido lastimero.

Y Andrés miraba las aguas espantado, sin aliento, y vió surgir la cabeza de su noble compañero...

¡Verle luchar con la muerte! No podía. Cogió un remo y dió un golpe con la fuerza de sus muñecas de acero.

Vació la débil nave al impulso violento; se volcó, y Andrés hundióse debajo del barquichuelo...

Después... la ansiedad... la lactia... las olas... los bultos negros que se esconden, reaparecen, que suben, bajan... y luego...

los mismos bultos, tendidos sobre la arena del puerto: un pescador, y á su lado lamiendo su cara un perro.

.....
Cuando el sol se levantaba majestuoso y soberbio, coronando con su disco los picachos de los cerros,

Andrés poco á poco abrió los ojos, y al mismo tiempo su perro, su noble amigo, caía á sus plantas muerto.

ANTONIO MONTALBÁN



El autor del soneto *No sé decirte más*, premiado por mayoría de votos en el concurso últimamente celebrado por este periódico, ha resultado ser el señor

D. FELIPE URIBARRI,

avescinado en Cáceres, y al cual remitimos, inmediatamente de conocer sus señas, el prometido billete de cien pesetas, que descamos gaste con salud, y la enhorabuena correspondiente.

En cuanto llege á nuestro poder el recibo firmado por dicho señor, lo publicaremos íntegro y quedará además á la disposición del que quiera convencerse por sus propios ojos.

—

Los periódicos franceses, y por ende los de todo el mundo, se han entretenido un par de semanas haciendo comentarios sobre la carta publicada por un redactor del *Pere Feinard* pidiendo una entrevista al Sumo Pontífice, para discutir, decía él, acerca del socialismo.

Y el que menos, se asombra del atrevimiento que supone el empezar la epístola diciendo:

Compañero Papa:

Distinguimos.

A eso no lo llamamos aquí atrevimiento. Lo llamamos majadería.

Y el redactor del *Pere Feinard*, más que un anarquista feroc, nos parecería una cogejada inocente.

—

¡Buena se ha armado con la duplicidad de billetes de la lotería de Colón, que explota la *Unión Ibero-Americana!*

Lo cual se evitaba de una sola manera.

Cumpliendo la ley de Camacho, que prohibía toda clase de rifas, loterías y combinaciones para sacar los cuartos al público.

Pero como aquí hacemos una ley cada cuatro días derogando la anterior...

—

En la sección que inauguramos hoy con el título de *Séptima de hacer comedias* colaborarán, ó al menos tal es nuestro deseo, que crémos será cumplido, los Sres. Echegaray (J. y M.), Ramos, Sellés, Aza, Esquivel, Jackson, Manzana, Yrizar, Vega, Luceño, Burgos, Ansorena, Sánchez Pastor, Sierra, Monasterio, Pérez y González, Pina Domínguez, Flores García, Silva, Zúñiga y muchos más.

Esperamos que el asunto ha de dar juego, resultando ameno y entretenido, etc., etc.

A ver lo vamos.

—

Libres:

Ha empezado á publicarse una nueva *Guía de ferrocarriles*, en que con gran claridad se especifican cuantos datos necesita conocer el viajero. Se hacen dos ediciones, una de una peseta y otra de cincuenta céntimos, que se reimprimirán todos los meses, con las adiciones y variaciones necesarias.

Los extranjeros, juguete cómico-lírico en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original de los Sres. Larra y Sánchez Peña, música de Caballero, estrenado con gran éxito en Recoletos.

Los dailinos, colección de artículos de costumbres escritos por D. Daniel Martínez Gutiérrez, con profunda observación y gran corrección de estilo. Precio: 50 céntimos.

La espada de honor, maniobra cómico-lírica militar, en un acto y cuatro cuadros, letra de nuestro compañero José Jackson Veyan, música del maestro Cereceda, estrenada con grandísimo éxito en el Teatro del Príncipe Alfonso, donde continúa representándose. El libro está ilustrado con profusión de dibujos de Cilla.

—

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Cualquiera.—México.—Si quiere usted firma, se publicarán algunas cosas de esas. Y eso que cuando usted conteste ya habrá llovido un poco. En fin, yo aguardo con paciencia.

Sr. D. J. H.—¿Qué piensa usted de un soneto que empieza así?

«Si por suerte llegara á visitarte un día

la veleidosa y hermosísima fortuna

no desprecies ocasión alguna...»

¿Que el autor no sabía contar las sílabas?

P. Nacha.—Defecto de que adolecen, por su desgracia, esas sextillas, ó lo que sean. Porque ni usted ni yo lo sabemos á punto fijo.

Sr. D. F. S. S.—No crea usted que es tan fácil corregir eso, porque habría que hacerlo nuevo completamente. Y siempre quedaría el asunto... que tampoco tiene compostura.

Sr. D. R. R.—Si es guasa tiene gracia, ¡qué diantre! sobre todo la carta. Pero si no lo es... ¡horror! ¡Dedicar eso á su querida *novia*! Es matarla materialmente.

Sr. D. G. J. A.—Todos los cantares me parecen flojitos. Y eso de los ojos amarillos... francamente, es la primera noticia que tengo.

Chipelin.—No; pues no es por falta de voluntad. Es que no puedo. Créame usted.

Sr. D. G. F. P.—¿Quiere usted que le diga la verdad? Pues de puro conchisa no se entiende. Además, eso es abusar de los puntos suspensivos.

Sr. D. F. S.—Muy bien.. para el álbum de *ella*.

Volapük.—No tiene nada de particular absolutamente. Porque la poca picardía que encierra el asunto es may de la infancia.

Sr. D. L.—Los epigramitas

¡qué medianos son!

Ídem ídem ídem

la composición.

K. rra Q. K.—No; pues no le han sentado á usted muy bien las aguas de Biarritz, porque sigue sin medir los versos como Dios manda. Y poniendo el verbo *hablar* sin h, que es lo más lastimoso.

Satanás.—¡Ah! ¿Usted cree eso? ¡Pues buena vista tiene la condesa, y Dios se la conserve!

Fotófilo.—¡Por la Virgen del Carmen! Dejemos en paz á Colón, que bastante le han fastidiado en el Ateneo y le fastidiarán en toda la prensa de aquí á fin de año.

N. ro.—No valen la pena...

Calatrava.—Soneto del sistema antiguo. Es un género que ha pasado de moda.

Roque.—¡Y dale con Colón! Si él llega á oler esto no descubre el Nuevo Mundo.

Barbita.—«La brisa que se mueve, los pájaros que cantan, los montes que se elevan y hasta el cerdeño sol...»

¡Mal rayo en los poetas que crecen, se levantan

y pierden la costumbre de hablar en español!

Sr. D. A. P. T.—El caso es que, tanto de la primera remesa como de la segunda, no he podido aprovechar nada, con harto dolor de mi corazón.

MADRID, 1899.—Tipografía de MANUEL G. HERRÁNDEZ, impresor de la Real Casa.

Libreid, 16 duplicado, bajo.

ANUNCIOS

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA

REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

BIBLIOTÉCA DEL «MADRID CÓMICO»



En la primera quincena de Setiembre próximo se pondrá á la venta el libro:
¡Titirimundí!
de Luis Taboada,
con infinidad de dibujos de Cilla, fotograbados por la casa Tognas y C.^a de Barcelona.
Costará 3,50 pesetas.
¡Ya lo saben ustedes!



¡Viva el amor!
¡Viva el placer!
¡Viva el cognac!
El de Moguer!
Sobrinos de Guinea.
Carretas, 27.



—¡No más dolores!
Nó más flamón,
Hágame Tirso
la operación!
Mayor, 73.



—Si á Madrid vinie-
[ras,
¿dónde comerías?
—¡Eso ya se sabe!
¡En Las Tullerías!
Matute, 5.



—No ha de entrar
[en el cielo
de ninguna manera
el que no triaga un
[traje
de casa de Pesquera.
Magdalena, 20.



Como vende Marti-
tantas camisas, [nez
siempre los operarios
andan con prisas.
San Sebastián, 2.



—Apoio, buen dios,
¡qué gnapo que estás!
—Como que hace un [mes
me afeita Tomás!
Alcalá, 40.

Ya ha pasado el Guadarrama
de estas camisas la fama
y de la región polar
nos han pedido una cama
del Besti.
Plaza de la Cebada, 1.



VICENTE LÓBEZ.—ZARAGOZA



Anisado del Madrid Cómico
Aragón Cognac.
Anisado de El Imparcial.
(No estaría de más que una casa respetable
de Madrid se encargara de la representación
de esta fábrica, que carece de ella en la corte
de Bosch y Fustegueras.)

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincia: no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO